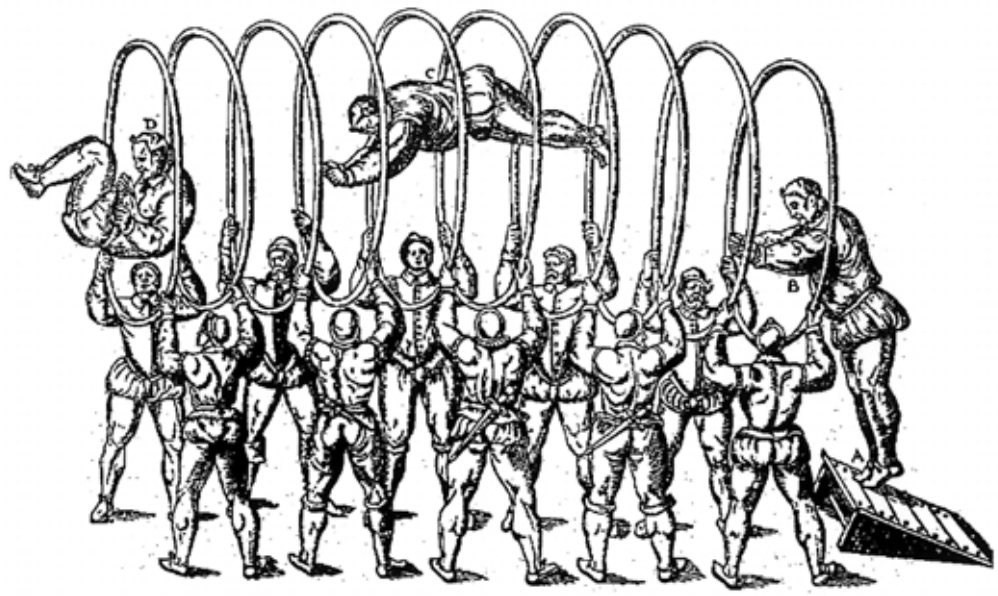

EL COMPROMISO, AHORA

No hace muchos años, el concepto de intelectual —incluidos, los artistas, que usan diversos lenguajes para expresar su percepción del mundo— estaba revestido, en todo el ámbito occidental (básicamente, Europa y América) de cierta autoridad moral. Se suponía que eran personas que observaban y vivían la realidad sin dejarse arrastrar por intereses o pasiones doctrinarias, es decir, que testimoniaban, en términos estéticos o filosóficos, sobre la existencia personal y las circunstancias históricas en que ésta transcurría. Su resistencia a la brutalidad del poder, a la injusticia social, a los neoimperialismos económicos o a las múltiples expresiones del integrismo, constituía algo así como una fuente incesante de salud colectiva.

[José Monleón]

Es obvio que la mayor parte de los intelectuales y artistas de nuestros días están muy lejos de merecer esa estima. Se diría que en la lucha secular entre la independencia o libertad de los intelectuales y las aspiraciones de dominio representadas por el Poder Político, éste último ha ganado la batalla, liquidando una tensión que ha sido esencial para el avance del pensamiento democrático. Probablemente, en términos generales, sea cierto, pero considero imprescindible acompañar esta evidencia de varias reflexiones.

La primera, sería que la victoria del Poder —es decir, casi lo contrario de la Política, entendida como una ordenación de la paz y la justicia entre los ciudadanos— no ha supuesto para éste la conquista de una autoridad moral. Simplemente, este valor ha sido borrado en las relaciones sociales. Manda y se impone el colectivo o el individuo más fuerte y su único argumento creíble es su fuerza, por más que muchos líderes intenten estructurar discursos, cada vez más sonrojantes, sobre la licitud moral de sus acciones. Para ello nos

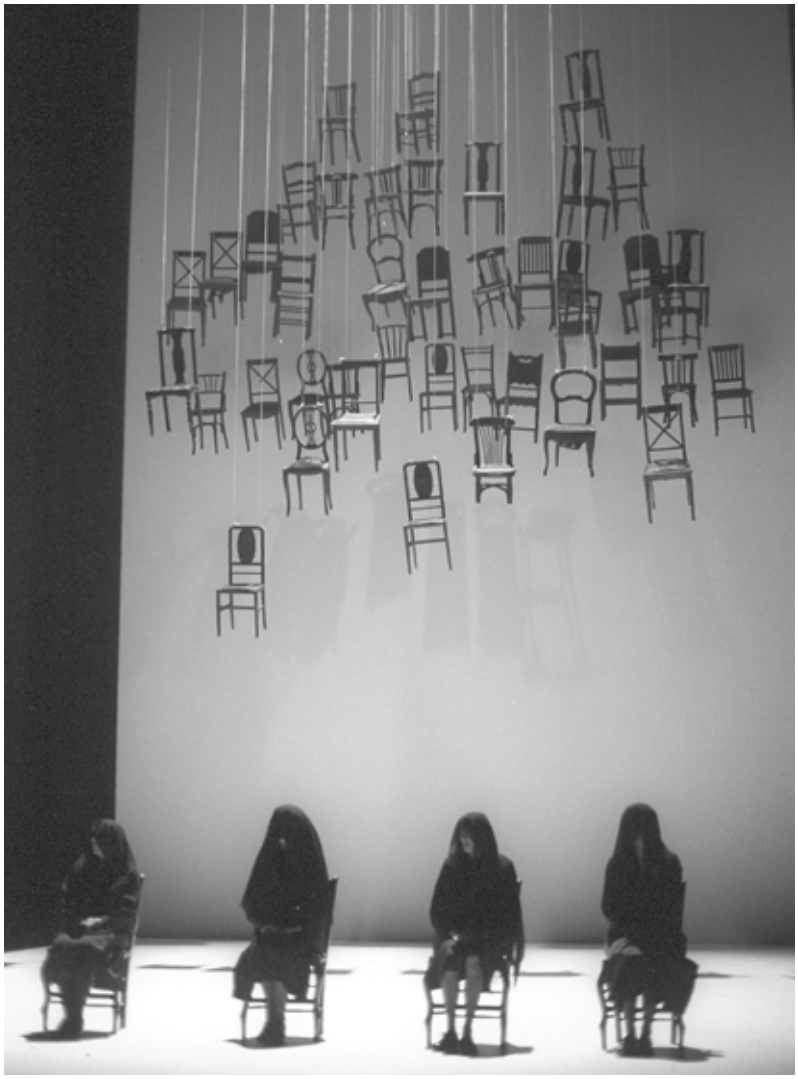

Foto: Chicho. C.N.D.T.

Escena de *La casa de Bernarda Alba,* de Federico García Lorca. Teatro María Guerrero, 1998. Dirección: C. Bieito.

remiten a unos determinados principios —laicos, religiosos, o superpuestos—, situados por encima del debate racional, en función de los cuales las decisiones más brutales e interesadas tienen sus raíces en la lucha del Bien contra el Mal. El ser humano, como tal, como persona, desaparece, y, cuando es declarado «enemigo» por el Poder, pasa a formar parte de generalizaciones, donde los muertos son, aplicando el argot militar, simples bajas, etiquetas con la hipotética asepsia de «inmigrantes», «palestinos», «afganos», «niños del tercer mundo» y aún «infieles»; en definitiva «los malos», como los vemos en tantas películas y sermones que han hecho del enfrentamiento el mecanismo vital por excelencia. Descosificar al hipotético malvado, sacarlo de la etiqueta, devolverle un rostro humano, un dolor y una esperanza singular, ha sido siempre tarea de los artistas y de los intelectuales, vencidos hoy, al parecer, por esa globalización del terror y de las razones de Estado que han despoblado la tierra de seres humanos para sustituirlos por los nuevos robots de la sumisión y del consumo.

¿Por qué ha sucedido esto? ¿Por qué los intelectuales y los artistas se han avergonzado de su viejo interés por la vida de sus semejantes? ¿Por qué se han encerrado en sus libros, en sus cátedras, en sus congresos, en sus textos dramáticos, empeñados en hacer de su obra una simple especialidad? La deshumanización del arte no es nueva, desde luego. Siempre ha habido una corriente temerosa de que el compromiso del intelectual o del artista incluyese un afán de adoctrinamiento, una sujeción a principios doctrinarios, que lo privaran de la condición que principalmente lo distingue y lo hace necesario: la libertad, de juicio y de creación. Sin embargo, a poco que uno examine la historia, descubre que esa voluntad de colocar el arte y el pensamiento por encima de la realidad histórica, ha sufrido un fuerte descalabro cada vez que las circunstancias han mostrado cuanto había en ella de ceguera, de negación del mundo que, paradójicamente, se suponía presente en la obra del artista o del intelectual. Es decir, hasta qué punto era contradictorio dirigirse a una sociedad cuya realidad, por principio, debía ser ignorada o negada para que floreciera la obra de arte. Podríamos poner muchos ejemplos, pero como español, quiero recordar a Federico García Lorca, que después de defender durante años la necesidad de que la poesía permaneciera incontaminada de las luchas sociales, no sólo acabó escribiendo *La casa de Bernarda Alba* y afirmando la necesidad de poner los pies en el barro, sino que acabó asesinado en nuestra Guerra Civil por el fascismo.

Algo grave, sin embargo, ha tenido que suceder para que, en estos tiempos, cuando la muerte y la estupidez globalizan buena parte de la tierra, los intelectuales sigan rehuyendo el compromiso, y sean los movimientos de la llamada sociedad civil —en ONGs, o frente a realidades puntuales, lejos de la triste conducción de las masas— los que restituyen, una y otra vez, hasta donde les es posible, la imagen de la dignidad humana, la mirada y la sensibilidad ante lo que ocurre en el mundo.

Por mi parte, estoy convencido de que en esta dejación de la vieja función ética de intelectuales y artistas media una especie de vergüenza, consciente o inconsciente, por su entrega a causas luego ampliamente traicionadas por sus gestores. El compromiso con las alternativas de cambio que debían resolver determinados problemas se ha resuelto a menudo en un tráfico de utopías, dirigido por los beneficiarios del Poder. El intelectual o el artista han sentido que su compromiso era aprovechado frecuentemente para alcanzar objetivos ajenos a lo que él defendía y esperaba. Y, en muchos casos, ha preferido retirarse de la plaza pública, para gozar de la falsa visión del mundo dictada por su soledad y el espacio reducido de su torre de marfil. El artista ha sentido que no hay mayor laberinto que el mundo y ha preferido el desgarro de su laberinto personal. La globalización del neocapitalismo, la concepción competitiva de la sociedad, la asunción de la insolidaridad como principio de supervivencia, la afirmación de las razones de Estado como norma incontrovertible, la manipulación sistemática de la información, han cortado las alas del espíritu crítico y han planteado la exigencia de vivir en el redil. Y así ha sido aceptado —al amparo de muy diversos discursos, algunos tan aparentemente antagónicos como el nacionalismo— por quienes, antaño, intentaban mirar el mundo en su pluralidad.

Pienso yo que es el momento de volver a reclamar el concepto del «compromiso», desvinculándolo de toda idea de servidumbre doctrinaria, incorporándole, con carácter sustantivo, la condición de crítico, es decir, no alzado doctrinariamente con los unos frente a los otros, sino en el espacio donde el conjunto de la realidad es abarcable, donde es posible descubrir la relación causal de tantos horrores y las razones materiales y políticas que los determinan, donde no quepa, en fin, la invocación de principios que los seres humanos, en la defensa de su felicidad, su justicia y su concordia, no deben aceptar. Si los doctrinarismos han sido los grandes enemigos de la racionalidad y la justicia social durante el último siglo —hasta llegar a los extremos de nuestros días—, lo que procede no es rechazar la racionalidad y la justicia social, sino el doctrinarismo.

Hay que estar nuevamente en la plaza, frente a quienes manejan el incensario patriótico o religioso para ocultar, con cháchara dulce y paternal, los intereses económicos o de dominio que los impulsan. Hay que arrojarse de cabeza en las aguas pantanosas de la utopía, entendida como una realidad posible, deseable y sólo anticipada, donde ninguna generación, ningún pueblo, ninguna raza, ninguna persona, haya de pagar un precio para que resplandezcan las banderas y los signos del Poder o de los Principios Sobrehumanos.

Ciertamente, entre quienes tienen hoy tareas de gobierno —a escala local, regional, nacional o internacional— existen numerosas personas deseosas de poner su ambición política al servicio del bien común. Como también tenemos intelectuales y artistas, cuyo pensamiento y obra asumen el ejercicio crítico y la conciencia social. Pero, en ambos casos, su incidencia en los acontecimientos, de diversa o nula efectividad según los casos, no suele pasar de la corrección en asuntos menores, de retoques formales y dilatorios, en aquellos que realmente definen el curso de la historia. Un determinado sistema de principios sigue imponiendo diaria y cotidianamente su norma —¿cuántos millares de iraquíes han muerto en los últimos años, especialmente niños, por el bloqueo de los medicamentos? ¿cuantas personas mueren por desnutrición al día?, etc.—, a través de estructuras políticas y económicas tácita o explícitamente aceptadas por la civilización contemporánea. Situación que conduce, en numerosos casos, a correcciones puntuales y esporádicas de las consecuencias de esa estructura, sin que, paradójicamente, ésta sea puesta en cuestión y modificada. Es decir, que, al final, los compromisos se desvían, se negocian en una especie de oficina dominical, mientras el resto de la semana la «normalidad» impone la injusticia, al modo, por ejemplo, de lo que está sucediendo con las mujeres condenadas a la lapidación por la sharia islámica, de las que la presión internacional ha conseguido salvar momentáneamente a una nigeriana, sin que sepamos cual será su futuro cuando mengüe esa presión, ni haya esperanzas fundadas de que otras mujeres, condenadas a la misma brutalidad —por ejemplo, en el Irán «más abierto» de nuestros días—, vayan a esquivarla. ■

El compromiso con las alternativas de cambio que debían resolver determinados problemas se ha resuelto a menudo en un «tráfico de utopías», dirigido por los beneficiarios del Poder.